

imaginación, sino una convicción que el poeta llevaba en lo más íntimo, y que rebrotó poderosa ante la cercanía de lo español. Sus entusiasmos, dichos en varios famosos poemas de alabanza a lo español, se resumen con una parquedad exacta en el comienzo de un soneto que leyó en una celebración más argentina que española por circunstancias de lugar y de fechas:

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.*

Era admirado en Madrid como cualquier otro de sus grandes compañeros españoles. París ejerció, cómo no, su atracción sobre Darío. Pero si el escenario parisiense le llenaba de sugerencias, era en las calles y los cafés de Madrid donde volvía a sentirse en su casa, en una casa donde le querían. Rubén *hizo* España e *hizo* América. Si la poesía, como se ha dicho desde antiguo, es el arte de *hacer*, Rubén «hizo». Fundado en esa definición, Pierre Jean Jouve nos asegura que la poesía «tiene bajo su influencia, por rayos directos u oblicuos, todas las otras artes del hombre. Produce lo que, anteriormente al acto, no era» (6). Rubén nos hizo recordar una cantidad de valores que nos hubiera empobrecido olvidar.

Para los poetas que empezamos cuando ya Machado y Juan Ramón eran maestros, Darío pudo aparecer como algo ya alejado, como un auriga que hubiese azuzado los caballos de una invasión renovadora, pero que, hecha su carrera, se había perdido al fondo del camino. Esta idea, en la que muchos participamos por un momento, quedó desvanecida cuando se empezó a reconocer, en un retorno nada tardío, que el auriga era quien había abierto la ruta. No fue menester que creara un nuevo pensamiento, un nuevo sentido de la poesía: bastó con que produjera la conmoción necesaria. A Darío se le puede aplicar con exactitud lo que dice un poeta de nuestros días (7) al tratar de la nostalgia de cosas perdidas, pero reemplazables por otras igualmente ricas en valor de entusiasmo: no es la lamentación por esa pérdida lo más importante que el lector saca de tal poesía, sino la belleza y la gloria que siente. «La tristeza ha sido transformada en gozo, aunque el gozo mantenga un deje de melancolía».

La palabra «modernismo», que por un tiempo tuvo para muchos una significación peyorativa, fue aplicada a muy diversas materias. Desde un sistema religioso, herético, que hoy puede ser juzgado con

(6) P. J. JOUVE: «En Miroir», *Mercure de France*.

(7) C. D. LEWIS.

perspectivas muy definitorias, hasta una manera de vivir, un sentido de la existencia. Ser modernista podía indicar muchas cosas, y no todas fácilmente conciliables. En años recientes se ha hablado —y no sin motivos ni pruebas— del «fin de la modernidad». Esto puede ser tratado con toda legitimidad si atendemos sólo a la característica principal de una época que caducó lentamente al paso que se desarrollaba la primera guerra mundial. Pero aún se habla de «modernismo» con doble sentido, según se aplique a pseudo-revoluciones de las costumbres, o a un constante y mantenido avance. Es cuestión casi de entonaciones y matices. Todo ha sido moderno en su tiempo, y sólo en lapsos de quietismo perezoso se podría decir que no ha sido moderna una cultura, una política, una sociología y hasta una religión; sobre todo si esa religión es eterna, y, por tanto, susceptible de variar en lo accidental, sin menoscabo de lo esencial y permanente. Por algo no se dice «cristianista», sino cristiano. Lo moderno en el arte tuvo que aceptar en el momento histórico de Rubén ese sufijo en «ista» que fijó, hasta cierto punto, los límites de una escuela o movimiento artístico. Pero no es imprescindible para juzgar de la influencia de la poesía rubeniana el añadirle la denominación de modernista, por mucho que lo fuera y que él mismo lo aceptase. Sólo para una clasificación de historia literaria o con motivos antológicos se puede incluir a un gran poeta como *exclusivamente* perteneciente a la escuela por él fundada (a lo mejor, sin intención) o establecida. Juzgando en propiedad, llegaremos a la deducción de que los tonos que más merecieron en la poesía de Rubén la calificación de «modernismo», son los menos abundantes y los menos trascendentes de su obra. Ningún gran poeta lo ha sido por ser conceptista, o culterano, o surrealista, sino —me atrevo a decirlo— *a pesar* de esa clasificación. Quevedo no fue un gran poeta por ser conceptista, sino por ser un gran poeta; lo que hizo fue responder a su época, aceptándola o rechazándola, pero sin salirse de ella. ¿Cómo le hubiera sido posible salirse de ella? Sencillamente, no siendo el gran poeta que fue, y ni siquiera poeta. No importa demasiado que Paul Eluard fuese surrealista, para que sea un gran poeta. Lo de menos en Rubén (salvo con propósitos ajenos a la poesía en sí) fue que inaugurara o robusteciera el modernismo. Por añadidura, lo que Rubén trajo a España con su poesía no hubiese cuajado si él no hubiera sido el poeta que fue. Perdóneseme esta sarta de aparentes perogrulladas. Antes que el modernismo cuajara en España, antes incluso de que Darío lo adoptara, ya había nacido algo que podía llamar modernismo, en España con Salvador Rueda, en América con Gutiérrez Nájera y Casal.

No obstante, el modernismo, en su sentido literario, fue un fenó-

meno particularmente español—mejor dicho, hispanoamericano—, y su jefe, su pontífice máximo, fue Rubén Darío. Aunque tendencias coincidentes imprimieran caracteres muy parecidos a la poesía de países de otra lengua, ninguna de ellas fue denominada modernista, con una calificación que, como ha sucedido más de una vez en la historia de las renovaciones, fue aceptada por sus religionarios como título de gloria, aunque procediese de un intento denigratorio de sus enemigos. El modernismo poético nació en América y, ya lo hemos visto, antes que Darío le diese su más alta categoría. Los boscanes del modernismo pudieron ser Casal, Nájera o Díaz Mirón, pero su Garcilaso fue Rubén.

En sus orígenes, el movimiento modernista respondió a dos instancias: la primera, más transitoria, a un deseo de emancipación literaria en los poetas hispanoamericanos, influidos por la lectura de los parnasianos y simbolistas franceses, y decepcionados con la poesía que primaba en España en aquellos días; Rubén «devolvió» a España este movimiento, que pudo haber sido nada más que americano. El segundo impulso fue ese que mueve misteriosamente los cambios de sensibilidad y de inspiración, de las tendencias y los gustos dominantes. Pues si bien en lo literario el modernismo fue hispánico, coincidió con manifestaciones muy similares en la poesía francesa (Samain, Regnier), en la italiana (D'Annunzio) y en las artes plásticas, desde los dibujos de Aubrey Beardsley hasta la decoración de las entradas del Metro de París y los cristales y porcelanas de Lalique. En España tuvimos un arquitecto genial, que si bien superó, como Darío, los límites de una «escuela», podría perfectamente ser llamado modernista: el catalán Antonio Gaudí. En España, modernismo y casticismo llegaron a tener una simbiosis, que se manifiesta, como en ningún otro, en el escritor y poeta más entusiasta de Rubén, don Ramón María del Valle-Inclán, también con menos fuerza en los versos de Ramón Pérez de Ayala y en el teatro de Gregorio Martínez Sierra. Si fuésemos a echar la cuenta más exigente, el único poeta español de esa época que no tiene nada de modernista es Unamuno. Juan Ramón recordó, cuando ya no podía ser llamado modernista en un sentido estricto, la importancia de aquel movimiento al que perteneció con entusiasmo: «era —decía— el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono jeneral de poesía burguesa: un gran movimiento de entusiasmo y libertad, hacia la belleza».

Belleza fue, sin duda, lo primero que buscaron los modernistas, y a su cabeza, Darío. El afán de la belleza paganizó en muchos aspectos aquella poesía; pero no era la primera vez que la poesía española se paganizaba. Basta con echar una mirada al Siglo de Oro, sobre todo

en sus postrimerías, para ver que, dentro de la raigambre católica predominante, la mitología y la sensualidad, en aromas grecolatinos, reinó en buena parte de la mejor poesía de aquella época gloriosa. Sin duda, que eran «mundos» distintos el que sirvió de abrazadera a los siglos xvi y xvii, y el que constituyó la bisagra del xix y el xx. Su semejanza no es, empero, tan radical como puede parecer al primer y superficial vistazo. Hay, especialmente en Darío, una continuidad de la tradición española que suele quedar oculta para muchos bajo la lujuriosa espesura de sus poemas más conocidos. Rubén leyó y comentó a Santa Teresa, enalteció a Góngora, amó intensamente a Cervantes, adoró a Velázquez, se conmovió con el Cid y—lo que es más importante—supo escudriñar en la España decadente que conoció, hasta descubrir los valores, nacionales y tradicionales—quiero decir permanentes—que encerraba aquella España. Recientemente ha dicho un escritor hispanoamericano, con motivo del centenario de Rubén: «Cuando Darío retoma el español en sus manos, después de haberse paseado por toda la cultura francesa, griega, en fin, por esa cultura enciclopédica de Petit-Larousse que le reprocha Borges, lo que hace es reenviar el español a su esencia» (8).

Tantas y tantas circunstancias como van expuestas, no podían menos de influir, por muy indirectamente que fuese, en los poetas españoles que «descubrieron» a Darío en su adolescencia, en los primeros diez años de este siglo. Ya fuese por la propia influencia de Darío, como por la vía derivada de los españoles que le siguieron. Por muy independiente que pueda ser una generación de la generación que le precede, las influencias de ésta son siempre reconocibles. Pío Baroja dijo que toda generación literaria era desinfectante para la que le antecedió, e infecciosa para la que seguía. Pero es unilateral, aunque cierto, considerar solamente el aspecto infeccioso, que señala algo de transmisión de enfermedad. Hay otra comunicación entre las generaciones literarias, que consiste en una rebeldía contra lo inmediatamente anterior, pero que siempre encuentra sus «maestros» en algunas figuras señeras de esa generación precursora y aparentemente desdeñada. Esto va sucediendo, cada día más, con Rubén Darío.

JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN
Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros».
Ciudad Universitaria
MADRID-3

(8) SEVERO SARDUY, en la revista *Mundo Nuevo*. Esas palabras no están dichas, como pudiera maliciosamente deducirse por lo fragmentario de la cita, con un sentido de menoscabo de lo español, sino todo lo contrario; así se deduce del texto completo de donde han sido tomadas.



«Archivo Rubén Darío» en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid



Don Antonio Oliver, director del «Archivo Rubén Darfo», con Rosario Martín Villacastín, nieta de Francisca Sánchez